

Michael Mann

Las fuentes del poder social, I

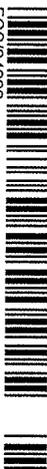
Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.

Versión española de
Fernando Santos Fontenla

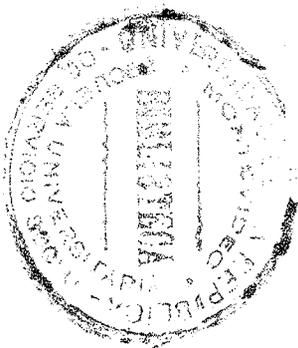
301.09 MANf

Una historia del poder de...

Mann, Michael



FCS/04028



Alianza
Editorial

04028

301.09
MANf
v.1

Biblioteca de la Universidad de Cambridge atendieron muy bien a mis eclécticas peticiones. Mis secretarías en Essex y la LSE —Linda Peachey, Elizabeth O'Leary e Yvonne Brown— fueron siempre eficientes y colaboradoras con todos los borradores que se les presentaron.

Nicky Hart tuvo la idea que sirvió para reorganizar este libro en tres volúmenes. Su propia labor y su presencia —junto con Louise, Gareth y Laura— impidieron que este proyecto me dejara ciego, sordo o incluso demasiado obsesionado.

Evidentemente, los errores son todos míos.

Capítulo 1

LAS SOCIEDADES COMO REDES ORGANIZADAS DE PODER

Los tres volúmenes proyectados de este libro constituyen una historia y una teoría de las relaciones de poder en las sociedades humanas. Ya esto es bastante difícil. Pero si se reflexiona un momento parece todavía más imponente. Porque, ¿no es probable que una historia y una teoría de las relaciones de poder sea virtualmente sinónimo de una historia y una teoría de la propia sociedad humana? A fines del siglo XX no está de moda escribir una relación general, por voluminosa que sea, de algunas de las principales pautas que cabe hallar en la historia de las sociedades humanas. Esas magníficas empresas generalizadoras victorianas —basadas en un saqueo imperial de fuentes secundarias— se han visto aplastadas en el siglo XX bajo el peso de una masa de volúmenes eruditos y del cierre de filas de los especialistas académicos.

Mi justificación básica es que he llegado a una forma distinta y general de contemplar las sociedades humanas que se enfrenta con los modelos de sociedad predominantes en los escritos sobre sociología o historia. En este capítulo se explica mi enfoque. Es posible que a los no iniciados en la teoría de las ciencias sociales les resulte algo denso. En tal caso, *existe otra forma posible de leer este volumen*: saltarse este capítulo, ir directamente al capítulo 2 o, de hecho,

a cualquiera de los capítulos narrativos y seguir adelante hasta que no se comprendan o se encuentren criticables los términos utilizados a la corriente teórica básica. Entonces se puede volver a esta introducción para orientarse.

Mi enfoque se puede resumir en dos afirmaciones, de las que se desprende una metodología clara. La primera es: *Las sociedades están constituidas por múltiples redes socioespaciales de poder que se superponen y se intersectan*. Se percibirá rápidamente la peculiaridad de mi enfoque si destino tres párrafos a decir qué no son las sociedades.

Las sociedades no son unitarias. No son sistemas sociales (cerrados ni abiertos); no son totalidades. Nunca se puede hallar una sola sociedad delimitada en el espacio geográfico o social. Como no existe un sistema, una totalidad, no pueden existir «subsystemas», «dimensiones» ni «niveles» de esa totalidad. Como no existe un todo, las relaciones sociales no pueden reducirse «a fin de cuentas», «en última instancia», a alguna propiedad sistémica en ese todo, como el «modo de producción material», o el «sistema cultural» o el «normativo», o la «forma de organización militar». Como no existe una totalidad delimitada, no sirve de nada el dividir el cambio o el conflicto sociales en variedades «endógenas» o «exógenas». Como no existe sistema social, no existe proceso «de evolución» en su interior. Como la humanidad no está dividida en una serie de tonalidades delimitadas y no se produce una «difusión» de organización social entre ellas. Como no existe una totalidad, los individuos no se ven constreñidos en su conducta por la «estructura social como un todo», así que no sirve de nada distinguir entre «acción social» y «estructura social».

En el párrafo anterior he exagerado mi posición para enfatizarla. No voy a descartar totalmente esas formas de contemplar las sociedades. Pero casi todas las ortodoxias sociológicas —como la teoría de los sistemas, el marxismo, el estructuralismo, el funcionalismo estructural, el funcionalismo normativo, la teoría multidimensional, el evolucionismo, el difusionismo y la teoría de la acción— enturbian sus percepciones al concebir la «sociedad» como una totalidad unitaria y aproblemática.

En la práctica, la mayor parte de las relaciones influidas por esas teorías toman las comunidades políticas, o *Estados*, como sus «sociedades», sus unidades totales para el análisis. Pero los Estados no constituyen sino uno de los cuatro grandes tipos de redes de poder

de los que me voy a ocupar. La enorme influencia encubierta del Estado nacional del fin del siglo XIX y principios del XX en las ciencias humanas significa que el modelo del Estado nacional domina por igual la sociología y la historia. Cuando no ocurre así, tanto los arqueólogos como los antropólogos atribuyen el primer lugar a la «cultura», pero incluso ésta suele concebirse como algo individual y delimitado, como una especie de «cultura nacional». Es cierto que algunos sociólogos e historiadores modernos rechazan el modelo del Estado nacional. Equiparan a la «sociedad» con las relaciones económicas transnacionales, utilizando el capitalismo o el industrialismo como concepto maestro. Eso es ir demasiado lejos en la dirección opuesta. Tanto el Estado como la cultura y la economía son redes importantes de estructuración, pero casi nunca coinciden. No existe un concepto maestro ni una unidad básica de la «sociedad». Es posible que parezca una actitud extraña para un sociólogo, pero si yo pudiera, aboliría totalmente el concepto de «sociedad».

La segunda afirmación se desprende de la primera. El concebir a las sociedades como múltiples redes de poder, superpuestas e intersectantes, nos permite el mejor acceso posible a la cuestión de qué es finalmente «primordial» o «determinante» en las sociedades. *La mejor forma de hacer una relación general de las sociedades, su estructura y su historia es en términos de las interrelaciones de lo que denominaré las cuatro fuentes del poder social: las relaciones ideológicas, económicas, militares y políticas (IEMP)*. Son: 1) *redes superpuestas de interacción social*, no dimensiones, niveles ni factores de una sola totalidad social. Eso se desprende de mi primera afirmación. Son también: 2) *organizaciones, medios institucionales de alcanzar objetivos humanos*. Su primacía no procede de la intensidad de los deseos humanos de satisfacción ideológica, económica, militar o política, sino de los *medios de organización* concretos que posea cada una para alcanzar los *objetivos humanos*, cualesquiera que sean éstos. En este capítulo avanzaré gradualmente hacia la especificación de los cuatro modelos de organización y de mi modelo IEMP de poder organizado.

De ello surgirá una metodología distintiva. Se suele hablar de las relaciones de poder en términos bastante abstractos, acerca de la interrelación de «factores», o «niveles» o «dimensiones» económicos, ideológicos y políticos de la vida social. Yo actué a un nivel de análisis más concreto, *socioespacial y de organización*. Los problemas centrales se refieren a *la organización, el control, la logística y la*

comunicación: la capacidad para organizar y controlar a personas, materiales y territorios, y el desarrollo de esa capacidad a lo largo de la historia. Las cuatro fuentes de poder social brindan distintos medios posibles de organizar el control social. En diversos momentos y lugares, cada una de ellas ha brindado una mayor capacidad de organización que ha permitido que la forma de su organización dictara durante un tiempo la forma de las sociedades en general. Mi historia del poder se basa en la medición de la capacidad socioespacial de organización y en la explicación de su desarrollo.

La tarea se ve un tanto facilitada por el carácter discontinuo del desarrollo del poder. Nos encontramos con diversos momentos de impulsión, atribuibles a la invención de nuevas técnicas de organización que aumentaron mucho la capacidad para controlar pueblos y territorios. En el capítulo 16 figura una lista de algunas de las técnicas más importantes. Cuando me encuentro con uno de esos momentos, detengo la narración, trato de medir el aumento de la capacidad de poder y después trato de explicarlo. Esa visión del desarrollo social es la que Ernest Gellner (1964) califica de «*neoevolutiva*». El cambio social fundamental ocurre y las capacidades humanas se amplían, mediante una serie de «*episodios*» de gran transformación estructural. Los episodios no forman parte de un solo proceso immanente (como en las «*Historias del crecimiento de la Humanidad*» del siglo XIX), sino que pueden tener un efecto acumulativo en la sociedad. Así podemos aventurarnos en la cuestión de la primacía última.

La primacía última

De todas las cuestiones planteadas por la teoría sociológica en los dos últimos siglos, la más básica y más huidiza es la de la primacía o la determinación final. ¿Hay uno o más elementos, o claves, nucleares, decisivos, determinantes en último término, de la sociedad? ¿O son las sociedades humanas tónicas inconsútiles tejidas con inabarcables interacciones multicausales en las que no existen pautas generales? ¿Cuáles son las dimensiones más importantes de la estratificación social? ¿Cuáles son los determinantes más importantes del cambio social? Estas son las preguntas más tradicionales y más difíciles de todas las preguntas sociológicas. Incluso en la forma flexible en que las he formulado, no constituyen la misma pregunta. Sin

embargo, todas ellas plantean la misma cuestión central: ¿Cómo se puede aislar el elemento o los elementos «más importantes» de las sociedades humanas?

Muchos consideran que no es posible encontrar una respuesta. Afirman que la sociología no puede hallar leyes generales, ni siquiera conceptos abstractos, aplicables por igual a las sociedades en todos los momentos y en todos los lugares. Este empirismo escéptico sugiere que empecemos con más modestia, analizando situaciones específicas con la comprensión intuitiva y empática que nos aporta nuestra propia experiencia social, para ir avanzando hacia una explicación multicausal.

Sin embargo, ésta no es una posición epistemológica segura. El análisis no puede limitarse a reflejar los «hechos»; nuestra percepción de los hechos está ordenada por conceptos y teorías mentales. El estudio histórico empírico medio contiene muchos supuestos implícitos acerca de la naturaleza humana y la sociedad, además de conceptos generales derivados de nuestra propia experiencia social, como «la nación», «la clase social», «la condición social», «el poder político» o «la economía». Los historiadores pueden prescindir de examinar esos supuestos si todos utilizan los mismos, pero en cuanto aparecen estilos distintos de hacer la historia —liberal, nacionalista, materialista, neoclásico, etc.— se encuentran en el terreno de las teorías generales enfrentadas acerca de «cómo funcionan las sociedades». Pero surgen dificultades incluso cuando no existen supuestos enfrentados. La multicausalidad dice que los fenómenos o las tendencias sociales tienen múltiples causas. Por eso deformamos la complejidad social si abstraemos un determinante social principal o incluso varios de ellos. Pero no podemos *evitar* el hacerlo. Todo análisis selecciona algunos acontecimientos anteriores, aunque no todos, porque han tenido algún efecto en los ulteriores. En consecuencia, todo el mundo actúa con algún criterio de importancia, aunque raras veces se explicita. Puede convenir que de vez en cuando explicitemos esos criterios y nos dediquemos a edificar una teoría.

Sin embargo, yo me tomo en serio el empirismo escéptico. Su principal objeción está bien fundamentada. Las sociedades son mucho *más complicadas* que nuestras teorías de ellas. Eso era algo que reconocían sistematizadores como Marx y Durkheim en sus momentos más sinceros; mientras que Max Weber, el más grande de los sociólogos, ideó una metodología (de «tipos ideales») para hacer frente a la complejidad. Yo sigo el ejemplo de Weber. *Podemos* alcanzar

una metodología aproximada —y quizá incluso con una respuesta aproximada— en cuanto a la cuestión de la primacía final, pero únicamente si ideamos conceptos adecuados para enfrentarnos con la complejidad. A mi entender, esa es la virtud de un modelo socioespacial y de organización de las fuentes del poder social.

Naturaleza humana y poder social

Empecemos por la naturaleza humana. Los seres humanos son inquietos, racionales y voluntariosos, tratan de intensificar su disfrute de las cosas agradables de la vida y tienen capacidad para escoger y aplicar los medios adecuados de lograrlo. O, por lo menos, tienen esa capacidad una cantidad suficiente de ellos para establecer el dinamismo que caracteriza la vida humana y que le da a ésta una historia de la que carecen las demás especies. Esas características humanas constituyen la fuente de todo lo que se describe en el presente libro. Son la fuente original del poder.

Debido a ello, los teóricos sociales se han sentido siempre tentados de avanzar un poco más allá con un *modelo de motivación* de la sociedad humana, de tratar de basar una teoría de la estructura social en la «importancia» de los diversos impulsos que motivan a los seres humanos. Eso era algo más popular a principios de siglo que ahora. Autores como Sumner y Ward procedían en primer lugar a establecer listas de impulsos humanos básicos, como los de satisfacción sexual, afectividad, salud, ejercicio físico y creatividad, creatividad intelectual y significación, riqueza, prestigio, «el poder por el poder» y muchos más. Después trataban de establecer su importancia relativa como impulsos y de ahí deducían el rango respectivo en la importancia social de la familia, la economía, el gobierno, etc. Y si bien es posible que esa práctica concreta esté anticuada, un modelo general de la sociedad basado en la motivación subyace en varias de las teorías modernas, comprendidas distintas versiones de teorías materialistas e idealistas. Por ejemplo, muchos marxistas afirman derivar la importancia de los modos de la producción económica en la sociedad del presunto vigor del esfuerzo humano por asegurarse la subsistencia material.

En el volumen III se comentarán más a fondo las teorías basadas en la motivación. Mi conclusión será que si bien las cuestiones de motivación son importantes e interesantes, no son estrictamente per-

tinentes para la cuestión de la primacía última. Permítaseme resumir brevemente mi argumento.

La persecución de casi todos nuestros impulsos de motivación, de nuestras necesidades y nuestros objetivos, implica a los seres humanos en relaciones exteriores con la naturaleza y con otros seres humanos. Los objetivos humanos exigen tanto una intervención en la naturaleza —una vida material en el sentido más amplio— como la cooperación social. Resulta difícil imaginar que ninguna de nuestras aspiraciones o nuestras satisfacciones ocurra sin ambas cosas. Así, las características de la naturaleza y las de las relaciones sociales son pertinentes para las motivaciones y de hecho es posible que las estructuren. Tienen propiedades *emergentes* peculiares a ellas.

Es algo que resulta evidente en la naturaleza. Por ejemplo, la mayor parte de las primeras civilizaciones surgieron donde existía una agricultura aluvial. Podemos dar por establecido el impulso de motivación de los seres humanos de tratar de aumentar sus medios de subsistencia. Esa es una constante. Lo que explica, más bien, el origen de la civilización es la oportunidad que brindaron a algunos seres humanos las inundaciones, que les aportaron suelos aluviales ya fertilizados (véanse los capítulos 3 y 4). Nadie ha aducido seriamente que los habitantes de los valles del Eufrates y del Nilo tuvieron impulsos económicos más fuertes que, por ejemplo, los habitantes prehistóricos del continente europeo, que no inventaron la civilización. Lo que ocurrió fue que los impulsos que todos compartían recibieron más ayuda ambiental de los valles fluviales (y de sus contextos regionales), lo cual provocó una respuesta social concreta por su parte. La motivación humana no es pertinente salvo en el sentido de que aportó el impulso hacia adelante que poseen suficientes seres humanos como para darles un cierto dinamismo dondequiera que residan.

La aparición de relaciones sociales de poder es algo que siempre se ha reconocido en la teoría social. Desde Aristóteles hasta Marx lo que se ha venido diciendo es que «el hombre» (por desgracia, raras veces también la mujer) es un animal social que no puede alcanzar objetivos, comprendido el dominio de la naturaleza, más que mediante la cooperación. Como hay muchos objetivos humanos, también son muchas las formas de las relaciones sociales y de redes grandes y pequeñas de personas que interactúan, que van desde el amor hasta las que implican a la familia, la economía y el Estado. Los teóricos de la «interacción simbólica», como Shibutani

(1955), han señalado que todos vivimos en una variedad asombrosa de «mundos sociales» que participan de muchas culturas: laboral, de clase, de vecindad, de género, de generación, de aficiones y muchas más. La teoría sociológica simplifica heroicamente al seleccionar unas relaciones que son más «poderosas» que otras, que influyen en la forma y el carácter de las estructuras sociales en general. Ello no se debe a que las necesidades específicas que satisfacen sean más «poderosas» que otras desde el punto de vista de la motivación, sino a que son más eficaces como medio de alcanzar unos objetivos. Lo que nos permite un acceso a la cuestión de la primacía no son los fines, sino los medios. En toda sociedad caracterizada por la división del trabajo surgen relaciones sociales especializadas que satisfacen diferentes bloques de necesidades humanas. Y esas relaciones difieren en sus capacidades de organización.

Así nos salimos totalmente de la esfera de los objetivos y las necesidades. Porque es posible que una forma de poder no sea en absoluto un objetivo humano inicial. Si es un *medio* muy útil para alcanzar otros objetivos, se tratará de obtenerlo por sí mismo. Es una necesidad *emergente*. Emerge en el transcurso de la satisfacción de necesidades. Es posible que el ejemplo más obvio sea la fuerza militar. Probablemente no se trate de un impulso ni de una necesidad humana inicial (trataré de esto en el volumen III), pero es un medio eficaz de organización para satisfacer otros impulsos. Por utilizar la expresión de Talcott Parsons, el poder es un «medio generalizado» de alcanzar los objetivos que uno desea lograr (1968: I, 263). Por consiguiente, yo no me ocupo de las motivaciones y los objetivos iniciales, sino que me centro en las *fuentes de poder de organización* emergentes. Si a veces hablo de «seres humanos que persiguen sus objetivos», no debe interpretarse como una afirmación voluntarista ni psicológica, sino como un dato, una constante en la que no voy a profundizar porque no tiene mayor fuerza social. También dejo de lado el gran número de obras conceptuales sobre «el poder en sí» y prácticamente no menciono las «dos (o tres) caras del poder», «poder contra autoridad» (salvo en el capítulo 2), «decisiones contra indecisiones» y controversias parecidas (que se comentan detalladamente en los primeros capítulos de Wrong, 1979). Se trata de cuestiones importantes, pero aquí yo sigo un rumbo diferente. Al igual que Giddens (1979: 91), no trato del «poder en sí como un recurso. Los recursos son medios por conducto de los cuales se ejerce el poder». Tengo dos misiones conceptuales limita-

das: 1) identificar los principales «medios», «medios generalizados» posibles o, como prefiero decir yo, fuentes de poder, y 2) idear una metodología para estudiar el poder de organización.

Poder de organización

Poder colectivo y poder distributivo

En su sentido más general, el poder es la capacidad para perseguir y alcanzar objetivos mediante el dominio del medio en el que habita uno. El poder *social* comporta dos sentidos más específicos. El primero limita su significado al dominio que se ejerce sobre otras personas. Véase un ejemplo: el poder es la probabilidad de que un actor en una relación social se halle en condiciones de realizar sus deseos, aunque tropiece con resistencia (Weber, 1968: I, 53). Pero, como señalaba Parsons, esas definiciones limitan el poder a su aspecto *distributivo*, al poder de A sobre B. Para que B obtenga un poder, A tiene que perder algo del suyo: su relación es un «juego de suma cero» en el cual una cantidad fija de poder puede distribuirse entre los participantes. Parsons señalaba con razón un segundo aspecto *colectivo* del poder, mediante el cual varias personas en cooperación pueden aumentar su poder conjunto sobre terceros o sobre la naturaleza (Parsons, 1960: 199 a 225). En casi todas las relaciones sociales, ambos aspectos del poder, el distributivo y el colectivo, el explotador y el funcional, actúan simultáneamente y están entrelazados.

De hecho, la relación entre ambos es dialéctica. En la persecución de sus objetivos, los seres humanos establecen relaciones cooperativas y colectivas entre sí. Pero en la persecución de objetivos colectivos se establece una organización social y una división del trabajo. La organización y la división de funciones comportan una tendencia inherente en el poder distributivo, derivado de la supervisión y la coordinación. Porque la división del trabajo es engañosa: aunque extraña la especialización de funciones a todos los niveles, el nivel más alto supervisa y dirige el todo. Quienes ocupan puestos de supervisión y coordinación tienen una superioridad de organización inmensa sobre los demás. Las redes de interacción y de comunicación se centran, de hecho, en las funciones de esas personas, como cabe apreciar con bastante facilidad en el diagrama de organización

de cualquier empresa moderna. El diagrama permite a los supervisores controlar toda la organización e impide a quienes están abajo del todo participar en ese control. Permite a quienes están en la cima poner en marcha el mecanismo para perseguir objetivos colectivos. Aunque cualquiera puede negarse a obedecer, probablemente faltan oportunidades de establecer otro mecanismo para perseguir sus objetivos. Como señalaba Mosca, «el poder de cada minoría es irresistible frente a cada individuo aislado de la mayoría, que se encuentra solo frente a la totalidad de la minoría organizada» (1939: 53). La minoría que se halla en la cumbre puede mantener obedientes a las masas que están abajo, siempre que su poder esté *institucionalizado* en las leyes y las normas del grupo social en el que actúan ambas. La institucionalización es necesaria para alcanzar objetivos colectivos rutinarios, y así el poder distributivo, es decir, la estratificación social, se convierte también en una característica institucionalizada de la vida social.

Así, existe una respuesta sencilla a la pregunta de por qué no se rebelan las masas —problema perenne para la *estratificación social*—, y esa respuesta no se refiere al consenso de valores, a la fuerza ni al intercambio en el sentido habitual de esas explicaciones sociológicas convencionales. Las masas obedecen porque carecen de organización colectiva para hacer lo contrario, porque están incrustadas en organizaciones de poder colectivo y distributivo controladas por otros. *Están rebasadas desde el punto de vista de la organización*, aspecto que desarrollo más adelante en relación con diversas sociedades históricas y contemporáneas (capítulos 5, 7, 9, 13, 14 y 16). Eso significa que la distinción conceptual entre poder y autoridad (es decir, el poder que consideran legítimo todos los afectados por él) no ocupará mucho lugar en este libro. Es raro encontrar un poder que sea básicamente legítimo o básicamente ilegítimo, porque su ejercicio normalmente tiene dos caras.

Poder extensivo e intensivo y autoritario y difuso

El *poder extensivo* significa la capacidad para organizar a grandes cantidades de personas en territorios muy distantes a fin de actuar en cooperación con un mínimo de estabilidad. El *poder intensivo* significa la capacidad para organizar bien y obtener un alto grado de cooperación o de compromiso de los participantes, tanto si la

superficie o la cantidad de personas son grandes como si son pequeñas. Las estructuras primarias de la sociedad cambian el poder extensivo con el intensivo y así ayudan a los seres humanos en cooperación extensiva e intensiva a alcanzar sus objetivos, cualesquiera sean éstos.

Pero al hablar del poder como organización puede dar una impresión errónea, como si las sociedades fueran meras colecciones de grandes organizaciones autoritarias de poder. Muchos de los que usan el poder están bastante menos «organizados»; por ejemplo, el intercambio en el mercado incorpora el poder colectivo, porque mediante el intercambio hay gente que alcanza sus diversos objetivos. Asimismo, incorpora el poder distributivo, en virtud del cual sólo algunas personas poseen derechos de propiedad sobre bienes y servicios. Pero puede poseer muy poca organización autoritaria que ayude a ese poder y lo imponga. Por utilizar la famosa frase de Adam Smith, el principal instrumento de poder en un mercado es una «Mano Invisible» que obliga a todos, pero no está controlada por ninguna agencia humana individual. Es una forma de poder humano, pero no está organizada de forma autoritaria.

Por tanto, yo distingo dos clases más de poder, el autoritario y el difuso. El *poder autoritario* es al que aspiran efectivamente grupos e instituciones. Comprende unas órdenes definidas y una obediencia consciente. Sin embargo, el *poder difuso* se extiende de forma más espontánea, inconsciente, descentralizada, por toda una población, lo cual tiene por resultado unas prácticas sociales similares que incorporan relaciones de poder, pero no órdenes explícitas. Lo más frecuente es que no comporte órdenes y obediencia, sino el entendimiento de que esas prácticas son naturales y morales, o son resultado de un interés común evidente. El poder político como un todo incorpora una proporción mayor de poder colectivo que de poder distribuido, pero no de forma invariable. También puede desembocar en un «rebasamiento» tal de las clases subordinadas que éstas consideren absurda toda resistencia. Así es, por ejemplo, cómo el poder difuso del mercado capitalista mundial contemporáneo desborda a los movimientos organizados y autorizados de la clase obrera en los Estados nacionales de hoy, aspecto que desarrollaré en el volumen II. Otros ejemplos de poder difuso son los que aporta la extensión de solidaridades como las de clase o nación, que constituyen una parte importante del desarrollo del poder social.

Si se aúnan esas dos distinciones se obtienen cuatro formas idea-

Les típicas del ámbito de organización, especificadas con ejemplos relativamente extremos en la figura 1.1. El poder militar brinda ejemplos de organización autoritaria. El poder del alto mando sobre sus tropas es coercitivo, está concentrado y muy movilizad. Es intensivo, más bien que extensivo, al contrario de lo que ocurre con un imperio militarista, que puede abarcar un gran territorio con sus órdenes, pero que tropieza con dificultades para movilizar un compromiso positivo de su población o para penetrar en sus vidas cotidianas. Una huelga general es un ejemplo de poder relativamente difuso, pero extensivo. Los obreros sacrifican el bienestar individual por una causa, hasta cierto punto «espontáneamente». Por último, como ya se ha mencionado, el intercambio en el mercado puede implicar transacciones voluntarias, instrumentales y estrictamente limitadas en una superficie enorme y por eso es difuso y extensivo. La organización más eficaz posible abarcaría las cuatro formas de ámbito.

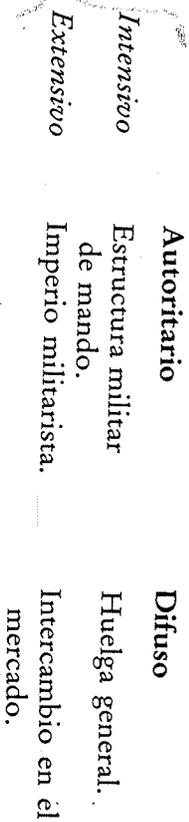


FIGURA 1.1. Formas de ámbito de organización.

Tanto los sociólogos como lo politólogos han estudiado mucho la intensidad, y yo no tengo nada que añadir. El poder es intensivo si gran parte de la vida del sujeto está controlada o si le puede presionar mucho (hasta la muerte) sin que disminuya su obediencia. Se trata de algo que se comprende claramente, aunque no es fácilmente cuantificable en las sociedades de las que trata este volumen. La extensividad no ha ocupado mucho lugar en teorías anteriores. Es una pena, porque es más fácil de medir. Casi todos los teóricos prefieren ideas abstractas de estructura social, así que hacen caso omiso de los aspectos geográficos y socioespaciales de las sociedades. Si tenemos presente que las «sociedades» son *redes*, con unos contornos espaciales definidos, nos será posible remediar ese problema. Podemos empezar con Owen Latimore. Tras toda una vida de estudiar las relaciones entre China y las tribus mongoles, distinguió

tres radios de integración social extensiva que, según él, se mantuvieron relativamente invariables en la historia mundial hasta el siglo XV europeo. La acción más extensiva geográficamente es la *acción militar*. Esta se puede dividir en dos, interior y exterior. La interior se extiende sobre territorios que, tras la conquista, podrían añadirse al Estado; la exterior se extiende más allá de esas fronteras en incursiones punitivas o en busca de tributos. En consecuencia, el segundo radio, la *administración civil* (es decir, el Estado) es menos extensivo, pues como máximo es el radio interior de la acción militar y suele ser mucho menos extensivo que ésta. A su vez, este radio es más extensivo que la *integración económica*, que comprende como máximo la región y como mínimo la célula del mercado local de la aldea, dado el débil desarrollo de la interacción entre las unidades de producción. El comercio no era totalmente inexistente y la influencia de los comerciantes chinos se hacía sentir más allá del alcance efectivo de los ejércitos del imperio. Pero la tecnología de las comunicaciones significaba que las mercaderías con una alta relación valor/peso —artículos verdaderamente suntuarios y animales y esclavos humanos «autopropulsados»— eran las únicas que se intercambiaban a grandes distancias. Eso tenía unos efectos integradores inapreciables. Así, a lo largo de un periodo considerable de la historia de la humanidad, la integración extensiva dependió de factores militares, y no económicos (Latimore, 1962: 480 a 491, 542 a 551).

Latimore tiende a equiparar la integración únicamente con el ámbito extensivo y también separa de manera demasiado tajante los diversos «factores» —militar, económico, político— necesarios para la vida social. Sin embargo, su argumento nos lleva a analizar la «infraestructura» del poder: cómo pueden las organizaciones de poder conquistar y controlar efectivamente espacios geográficos y sociales.

Yo mido el ámbito del poder autoritario mediante un préstamo tomado de la *logística*, la ciencia militar de desplazar—hombres y material durante una campaña. ¿Cómo se transmiten físicamente y se ejecutan efectivamente las órdenes? ¿Qué control, por qué grupo de poder, de qué tipo es errática o sistemáticamente posible dadas las infraestructuras logísticas existentes? Varios capítulos lo cuantifican mediante la formulación de preguntas como cuántos días se tarda en transportar mensajes, materiales y personal por determinados espacios terrestres, marítimos y fluviales y cuánto control se puede ejercer así. Tomo prestado mucho de la esfera más avanzada de esa

investigación, la logística militar propiamente dicha. La logística militar aporta directrices relativamente claras a los ámbitos externos de las redes de poder, que desembocan en importantes conclusiones acerca del carácter esencialmente *federal* de las sociedades preindustriales extensivas. La sociedad imperial unitaria y muy centralizada de autores como Wittfogel o Eisenstadt es mítica, como lo es la afirmación del propio Latimore de que la integración militar fue algo históricamente decisivo. Cuando el control militar rutinario a lo largo de una ruta de marcha superior a unos 90 kilómetros es logísticamente imposible (como lo ha sido durante la mayor parte de la historia), el control sobre una superficie mayor no se puede centralizar en la práctica y tampoco puede penetrar intensivamente en la vida cotidiana de la población.

El poder difuso tiende a variar junto con el poder autoritario y se ve afectado por su logística. Pero también se extiende con relativa lentitud, espontánea y «universalmente» por todas las poblaciones, sin pasar por organizaciones autoritarias concretas. Ese *universalismo* también tiene un desarrollo tecnológico mensurable. Depende de servicios capacitadores, como mercados, alfabetización, acuñación de moneda o el desarrollo de una cultura de clase y nacional (en lugar de local o de linaje). Los mercados y las conciencias nacional y de clase fueron surgiendo lentamente a lo largo de la historia, conforme a sus propias infraestructuras difusas.

La sociología histórica general puede centrarse, pues, en el desarrollo del poder colectivo y distributivo, medido por el desarrollo de la infraestructura. El poder autoritario exige una infraestructura logística; el poder difuso exige una infraestructura universal. Ambos nos permiten centrarnos en un análisis de la organización del poder y de la sociedad y examinar sus lineamientos socioespaciales.

Teoría actual de la estratificación

¿Cuáles son, pues, las principales organizaciones de poder? Los dos enfoques principales en la teoría actual de la estratificación son el marxista y el neoweberiano. Yo acepto muy satisfecho su premisa inicial común: *la estratificación social consiste en la creación y la distribución globales del poder en la sociedad. Es la estructura central de las sociedades porque en su doble aspecto colectivo y distributivo es el medio por conducto del cual los seres humanos alcanzan sus*

objetivos en la sociedad. De hecho, el acuerdo entre los dos enfoques llega más lejos, pues tienden a considerar predominantes los mismos tres tipos de organización del poder. Entre los marxistas (por ejemplo, Wesolowski, 1967; Anderson, 1974a y b; Althusser y Balibar, 1970; Poulantzas, 1972; Hindess y Hirst, 1975), entre los weberianos (por ejemplo, Bendix y Lipset, 1966; Barber, 1968; Heller, 1970; Runciman, 1968, 1982, 1983a, b y c), son *clase, condición y partido*. Los dos conjuntos de términos tienen una cobertura aproximadamente equivalente, así que en la sociología contemporánea los tres tipos se han convertido en la ortodoxia descriptiva dominante.

En general, los dos primeros: economía/clase e ideología/condición social me parecen satisfactorios. Mi primera desviación de la ortodoxia consiste en sugerir que no hay tres, sino *cuatro* tipos fundamentales de poder. El tipo «política/partido» contiene de hecho dos formas separadas de poder: poder político y poder militar; por una parte, la comunidad política central, que comprende el aparato estatal y (cuando existen) los partidos políticos; por otra parte, la fuerza física o militar. Marx, Weber y sus seguidores no distinguen entre los dos, porque en general consideran al Estado como el depositario de la fuerza física en la sociedad.

El equiparar la fuerza física con el Estado suele tener sentido en el caso de los Estados modernos que monopolizan la fuerza militar. Sin embargo, conceptualmente, las dos cosas deben considerarse distintas, al objeto de estar preparados para cuatro posibilidades:

1. En la historia, la mayor parte de los Estados no han poseído un monopolio de la fuerza militar y muchos ni siquiera lo han reivindicado. En algunos países europeos, durante la Edad Media el Estado feudal dependía de las levas militares o las mesnadas controladas por señores descentralizados. Por lo general, los Estados islámicos carecían de poderes monopolísticos: por ejemplo, no se consideraban dotados de poderes para intervenir en los enfrentamientos tribuales. Podemos distinguir los poderes políticos de los militares, tanto de los Estados como de otros grupos. *Los poderes políticos son los de regulación centralizada, institucionalizada, territorial; los poderes militares son los de la fuerza física organizada dondequiera que estén organizados.*

2. La conquista la realizan grupos que pueden ser independientes de sus Estados de origen. En muchos casos feudales, cualquier guerrero nacido libre o noble podía reunir una banda armada para realizar incursiones y conquistar territorios. Si el grupo militar efec-

tuaba la conquista, eso aumentaba su poderío contra su propio Estado. En los casos de los bárbaros que atacaban a civilizaciones, esa organización militar solía llevar a la primera aparición de un Estado entre los bárbaros.

3. En el plano interno, la organización militar suele estar institucionalmente separada de otros órganos del Estado, incluso cuando se halla controlada por éste. Como es frecuente que los militares derroquen a la élite política del Estado en un golpe de Estado, necesitamos distinguir entre las dos cosas.

4. Si las relaciones internacionales entre los Estados son pacíficas, pero están estratificadas, preferiremos hablar de una «estructuración del poder político» de la sociedad internacional más amplia que no está determinada por el poder militar. Así ocurre hoy día, por ejemplo, por lo que respecta a los Estados poderosos, pero en gran medida desmilitarizados, del Japón y Alemania Occidental.

Por eso trataremos por separado de *cuatro* fuentes de poder: la economía, la ideología, la militar y la política.¹

«Niveles, dimensiones» de la «sociedad»

Las cuatro fuentes de poder se enumerarán más adelante en este mismo capítulo. Pero, en primer lugar, ¿qué son exactamente? La teoría ortodoxa de la estratificación es clara. En la teoría marxista se las califica generalmente de «niveles de una formación social»; en la teoría neoweberiana son «dimensiones» de la sociedad. Ambas presuponen una visión abstracta, casi geométrica, de la sociedad. Los niveles o las dimensiones son elementos de un todo mayor, que de hecho está formado por ellos. Muchos autores representan esto en forma de diagramas. La sociedad se convierte en un gran recuadro o círculo de un espacio n -dimensional, que se subdivide en cuadros, sectores, niveles, vectores o dimensiones más pequeños.

Donde más claramente se ve esto es en el término *dimensiones*. Se deriva de las matemáticas y tiene dos significados especiales: 1) Las dimensiones son análogas e independientes, al guardar la misma forma de relación con alguna propiedad estructural básica. 2) Las

¹ Giddens (1981) también distingue cuatro tipos de institución de poder: órdenes/modos simbólicos de discurso, instituciones económicas, derecho/modos de sanción/represión e instituciones políticas.

dimensiones habitan el mismo espacio global, en este caso una «sociedad». El esquema marxista difiere en algunos detalles. Sus «niveles» no son independientes los unos de los otros, pues el de la economía tiene la primacía última sobre los demás. De hecho, es más complicado y ambiguo, porque la economía marxista tiene un doble papel, como «nivel» autónomo de la «formación social» (la sociedad) y como totalidad última determinante en sí misma, a la que se denomina «modo de producción». Los modos de producción imprimen su carácter general a las formaciones sociales y, en consecuencia, a los distintos niveles. Así, las dos teorías difieren: los weberianos elaboran una teoría de factores múltiples en la cual la totalidad social está determinada por la interrelación compleja de las dimensiones; los marxistas perciben la totalidad como determinada «finalmente» por la producción económica. Sin embargo, comparten una visión simétrica de la sociedad como un solo todo unitario.

La impresión de simetría queda reforzada si estudiamos el interior de cada dimensión/nivel. Cada una/uno combina tres características simétricamente. Se trata, en primer lugar, de *instituciones*, como «iglesias», «modos de producción», «mercados», «ejércitos», «Estados», etc. Pero también son *funciones*. A veces, éstas son, en segundo lugar, *finés funcionales* que persiguen los seres humanos. Por ejemplo, los marxistas justifican la primacía de la economía advirtiendo que los seres humanos deben perseguir ante todo la subsistencia económica. Los weberianos justifican la importancia del poder de la ideología en términos de la necesidad humana de encontrarle un significado al mundo. Más frecuente es que se los considere, en tercer lugar, como *medios funcionales*. Los marxistas consideran los niveles político e ideológico como medios para extraer trabajo excedente de los productores directos; los weberianos argumentan que todos son medios de poder. Pero organizaciones, funciones como fines y funciones como medios son términos homólogos. Son análogos y habitan el mismo espacio. Cada nivel o dimensión tiene el mismo contenido interno. Es el de organización, función como fin y función como medio, todo ello envuelto en el mismo paquete.

Si continuamos hasta el análisis empírico, la simetría persiste. Cada dimensión/nivel puede desenvolverse en varios «factores». Los argumentos ponderan la importancia de, digamos, varios «factores económicos» frente a varios «factores ideológicos». Aquí el debate dominante se ha desarrollado entre un enfoque de «factores múltiples», que extrae sus factores más importantes de diferentes dimen-

siones/niveles, y un enfoque de «factor único», que extrae su factor más importante de uno solo. En el bando de los factores múltiples debe de haber literalmente centenares de libros y artículos que contienen la afirmación de que las ideas, o los factores culturales, o ideológicos, o simbólicos, son autónomos, tienen una vida propia, no pueden reducirse a factores materiales o económicos (por ejemplo, Sahlins, 1976; Bendix, 1978: 271 y 272, 630; Geertz, 1980: 13, 135 y 136). En el bando del factor único existe una polémica marxista tradicional contra esa posición. En 1908 Labriola publicó sus *Ensayos sobre la Concepción Materialista de la Historia*. En ellos advoca que el enfoque de factores múltiples dejaba de lado la *totalidad* de la sociedad, caracterizada por la praxis del hombre, su actividad como productor material. Es algo que desde entonces han repetido mucho los marxistas (por ejemplo, Petrovic, 1967: 67 a 114).

Pese a la polémica, son dos caras de la misma hipótesis: los «factores» son partes de dimensiones o niveles funcionales de organización que son subsistemas análogos e independientes de un todo social general. Los weberianos hacen hincapié en los aspectos inferiores, más empíricos de éste; los marxistas lo hacen en el aspecto superior de la totalidad. Pero se trata de la misma visión básica, simétrica y unitaria.

Estas teorías rivales tienen virtualmente el mismo concepto maestro: la «sociedad» (o la «formación social» en una parte de la teoría marxista). El uso más frecuente del término «sociedad» es flexible y vago, e indica cualquier grupo humano estable, sin añadir nada a términos como grupo social o agregado social o asociación. Así es como utilizaré yo el término. Pero en un uso más riguroso o ambicioso, «sociedad» añade el concepto de un sistema social unitario. En este sentido empleaba el término el propio Comte (que acuñó la palabra «sociología»). Y también Spencer, Marx, Durkheim, los antropólogos clásicos y casi todos sus discípulos y críticos. De los grandes teóricos, sólo Weber mostró cautela ante ese enfoque y sólo Parsons se ha opuesto a él explícitamente. La definición del último es el siguiente: «Una sociedad es un tipo de sistema social, en cualquier universo de sistemas sociales que alcance el máximo nivel de autosuficiencia como sistema en relación con su entorno» (1966: 9). Si renunciamos al uso excesivo de la palabra «sistema», pero conservamos el sentido esencial de Parsons, podemos llegar a una definición mejor: *Una sociedad es una red de interacción social en cuyos límites existe un cierto grado de discontinuidad en la interacción en-*

tre ella y su entorno. Una sociedad es una unidad con fronteras y contiene una interacción que es relativamente densa y estable; es decir, presenta unas pautas internas cuando se compara con la interacción que cruza sus límites. Pocos historiadores, sociólogos o antropólogos tendrían algo que objetar a esta definición (véase, por ejemplo, Giddens, 1981: 45 y 46).

La definición de Parsons es admirable. Pero sólo se refiere al grado de unidad y de ajuste a las pautas. Esto se suele olvidar con excesiva frecuencia y se supone que la presencia invariable de la unidad y las pautas. Eso es lo que yo califico de concepción *sistémica* o *unitaria* de la sociedad. Sociedad y sistema aparecían como intercambiables en Comte y sus sucesores, que los consideraban requisitos para una ciencia de la sociedad: la formulación de afirmaciones sociológicas en general exige que aislemos una sociedad y observemos regularidades en las relaciones entre sus partes. Las sociedades en el sentido de sistemas, delimitadas y con pautas internas, aparecen en prácticamente todas las obras de sociología y antropología y en casi todas las obras teóricamente informadas de ciencia política, economía, arqueología, geografía e historia. También existen implícitamente en obras menos teóricas de esas disciplinas.

Examinemos la etimología de la palabra «sociedad». Se deriva del latín *societas*. De ahí se elaboró *socius*, en el sentido de un aliado no romano, un grupo dispuesto a seguir a Roma en las guerras. Se trata de un término común en los idiomas indoeuropeos, derivado de raíz *sekew*, que significa «seguir». Denota una alianza asimétrica, una sociedad como confederación flexible de aliados estratificados. Ya veremos que esta concepción, y no la unitaria, es la correcta. Utilicemos el término «sociedad» en su sentido latino, no romance.

Pero continuó con dos argumentos más generales contra la concepción unitaria de la sociedad.

Criticas

Los seres humanos son sociales, no societales

En la base de la concepción unitaria se halla una hipótesis teórica: como las personas son animales sociales, tienen la necesidad de crear una sociedad, una totalidad social delimitada y con pautas. Pero eso es falso. Los seres humanos necesitan entablar en relaciones

sociales de poder, pero no necesitan totalidades sociales. Son animales sociales, pero no societales.

Veamos una vez más algunas de sus necesidades. Como desean satisfacción sexual, buscan relaciones sociales, habitualmente con sólo unos cuantos miembros del sexo opuesto; como desean reproducirse, esas relaciones sexuales suelen combinarse con relaciones entre adultos y niños. Para eso (y otros fines) surge una familia, que disfruta de una interacción pautada con otras unidades familiares en las cuales se pueden encontrar compañeros sexuales. Como los seres humanos necesitan subsistencia material, establecen relaciones económicas y cooperan con otros en la producción y el intercambio. No hay ninguna necesidad de que esas redes económicas sean idénticas a las redes familiares o sexuales, y en la mayor parte de los casos no lo son. Como los seres humanos exploran el significado final del universo, debaten sobre ideas y quizá participen con otros de parecidas inclinaciones en los ritos y el culto en las iglesias. Como los seres humanos defienden lo que han conseguido, y como despojan a otros, forman bandas armadas, probablemente integradas por los hombres más jóvenes, y necesitan tener relaciones con no combatientes que los alimenten y los equipen. Como los seres humanos solucionan disputas sin recurrir constantemente a la fuerza, establecen organizaciones judiciales con esferas específicas de competencia. ¿Dónde está la necesidad de que todos esos requisitos sociales generen redes idénticas de interacción socioespacial y formen una sociedad unitaria?

Las tendencias a la formación de una sola red obedecen a la aparición de la necesidad de *institucionalizar* las relaciones sociales. Las cuestiones de producción económica, de significado, de defensa armada y de solución judicial no son del todo independientes las unas de las otras. Es probable que el carácter de cada una de ellas esté influido por el carácter de todas, y todas son necesarias para cada una. Un conjunto dado de relaciones de producción exigirá unos supuestos ideológicos y normativos comunes, así como la defensa y una regulación judicial. Cuanto más institucionalizadas se hallen esas relaciones, más irán convergiendo las diversas redes de poder hacia una sociedad unitaria.

Pero debemos recordar la dinámica inicial. La fuerza impulsora de la sociedad humana no es la institucionalización. La historia obedece a impulsos inconstantes que generan las diversas redes de relaciones extensivas e intensivas de poder. Esas redes guardan una re-

lación más directa que la institucionalización con el logro de objetivos. En la persecución de sus objetivos, los seres humanos siguen desarrollando esas redes y superando el nivel existente de institucionalización. Esto puede ocurrir como desafío directo a las instituciones existentes o sin intención e «intersticialmente» —entre sus intersticios y en torno a sus márgenes— y crear nuevas relaciones e instituciones que tienen consecuencias imprevistas para las antiguas. Esto se ve reforzado por el aspecto más permanente de la institucionalización, la *división del trabajo*. Los que tienen actividades relacionadas con la subsistencia económica, la ideología, la defensa y la agresión militares y la regulación política poseen un cierto control autónomo sobre sus medios de poder, que siguen desarrollándose con relativa autonomía. Marx observó que las fuerzas de producción económica se adelantan siempre a las relaciones de clase institucionalizadas y hacen salir a la superficie nuevas clases sociales. El modelo lo ampliaron autores como Pareto y Mosca: el poder de las «élites» podía también basarse en recursos no económicos de poder. Mosca resumió el resultado:

Si en una sociedad surge una nueva fuente de riqueza, si aumenta la importancia práctica del conocimiento, si entra en decadencia una religión antigua o nace una nueva, si se difunde una nueva corriente de ideas, entonces, simultáneamente, se producen grandes dislocaciones en la clase dominante. Cabría decir, de hecho, que toda la historia de la humanidad civilizada se resume en el conflicto entre la tendencia de los elementos dominantes a monopolizar el poder político y transmitir la posesión de éste por herencia, y la tendencia hacia la dislocación de las viejas fuerzas y la insurgencia de otras nuevas; y ese conflicto produce un fermento interminable de endósmos y exósmos entre las clases altas y determinados sectores de las bajas. [1939: 65.]

El modelo de Mosca, al igual que el de Marx, comparte ostensiblemente la visión unitaria de la sociedad: las élites surgen y caen en el interior del mismo espacio social. Pero cuando Marx describió efectivamente el auge de la burguesía (su caso paradigmático de una revolución en las fuerzas de producción), no era así. La burguesía surgió «intersticialmente», surgió entre los «poros» de la sociedad feudal, decía él. La burguesía, centrada en las ciudades, estableció vínculos con terratenientes, agricultores arrendatarios y campesinos ricos, tratando sus recursos económicos como mercaderías a fin de crear *nuevas* redes de interacción económica, redes capitalistas. De

hecho, como veremos en los capítulos 14 y 15, ayudó a crear dos redes superpuestas diferentes: una delimitada por el territorio del Estado de tamaño intermedio y otra mucho más extensiva, calificada por Wallerstein (1974) de «sistema mundial». La revolución burguesa no cambió el carácter de una sociedad existente; creó sociedades nuevas.

Yo califico esos procesos de *surgimientos intersticiales*. Son resultado del traslado de objetivos humanos a medios de organización. Las sociedades nunca han estado lo bastante organizadas como para impedir la emergencia intersticial. Los seres humanos no crean sociedades unitarias, sino una diversidad de redes de interacción social que se intersectan entre sí. Las más importantes de esas redes se forman de manera relativamente estable en torno a la cuatro fuentes de poder en cualquier espacio social dado. Pero, por debajo, los seres humanos siguen excavando para alcanzar sus objetivos, formando nuevas redes, ampliando las antiguas y emergiendo con toda claridad ante nosotros con las configuraciones rivales de una o más de las principales redes de poder.

¿En qué sociedad vive usted?

Cabe ver una prueba empírica en la respuesta a una pregunta sencilla: *¿En qué sociedad vive usted?*

Es probable que las respuestas empiecen a dos niveles. Uno de ellos se refiere a los Estados nacionales: Mi sociedad es «el Reino Unido», los «Estados Unidos», «Francia», etc. El otro es más amplio: Soy ciudadano de la «sociedad industrial» o de la «sociedad capitalista», o quizá del «Occidente» o de «la Alianza occidental». Nos encontramos con un dilema básico: una sociedad de Estado nacional o una «sociedad económica» más amplia. Para algunos fines importantes, el Estado nacional representa una red real de interacción con una cierta discontinuidad en sus fronteras. Para otros fines importantes, el capitalismo une a los tres países mencionados antes en una red más amplia de interacción, con división en sus márgenes. Ambas son «sociedades». Cuanto más indagamos, mayores son las complejidades. Tanto las alianzas militares como las iglesias, un idioma común, etc., añaden poderosas redes de interacción que son socioespacialmente diferentes. No podríamos responder hasta después de elaborar una minuciosa descripción de las complejas interacciones

y facultades de estas diversas redes transversales de interacción. Sin duda, la respuesta implicaría una sociedad *confederal* y no unitaria.

El mundo contemporáneo no es excepcional. Las redes de interacción superpuestas son la norma histórica. En la prehistoria, la interacción comercial y cultural tenía una extensión mucho mayor de lo que pudiera controlar cualquier «Estado» u otra red autoritaria (véase el capítulo 2). La aparición de la civilización es explicable en términos de la inserción de la agricultura aluvial en varias redes regionales superpuestas (capítulos 3 y 4). En casi todos los imperios antiguos, la masa del pueblo participaba abrumadoramente en pequeñas redes locales de interacción, pero también intervenía en otras redes, establecidas por los poderes desiguales de un Estado remoto y por el poder bastante más coherente, pero todavía superficial, de notables locales semiautónomos (capítulos 5, 8 y 9). Cada vez fueron surgiendo, dentro, fuera y por encima de las fronteras de esos imperios, otras redes comerciales y culturales más amplias y cosmopolitas, que generaron diversas «religiones universales» (capítulos 6, 7, 10 y 11). Eberhard (1965: 16) ha calificado a esos imperios de «multiniveles», por contener muchos niveles superpuestos y muchas pequeñas «sociedades» que existen unas al lado de otras. Concluye que no se trata de sistemas sociales. Raras veces se han fundido las relaciones sociales en sociedades unitarias, aunque en ocasiones los Estados han tenido pretensiones unitarias. La pregunta de «¿en qué sociedad vive usted?» hubiera sido igual de difícil de contestar para el campesino del norte de África o de la Inglaterra del siglo XII (esos dos casos se examinan en los capítulos 10 y 12). Además, ha habido muchas civilizaciones «culturalmente federales», como la antigua Mesopotamia (capítulo 3), la Grecia clásica (capítulo 7) o la Europa feudal y de principios de la Edad Moderna (capítulos 12 y 13), donde pequeños Estados coexistían en una red más amplia, flexiblemente «cultural». Las formas de superposición e interacción han variado considerablemente, pero siempre han estado ahí.

La promiscuidad de organizaciones y funciones

La concepción de las sociedades como redes confederadas, superpuestas e intersectantes y no como simples totalidades, complica la teoría. Pero todavía hemos de introducir más complejidades. Las

Borgoña. Pero a la larga reforzó el poder de los Estados centralizados. A éstos les resultaba más fácil aportar los recursos necesarios para mantener los ejércitos combinados de infantería-caballería-artillería que constituían la respuesta a la falange de piqueros. Eso aceleró la desaparición del feudalismo clásico en general, porque reforzó el Estado central y debilitó al señor feudal autónomo.

Empecemos por estudiar este caso a la luz de los «factores». Si se considera estrictamente, parece tratarse de una pauta causal simple: los cambios en la tecnología de las relaciones del poder político y económico. En este modelo tenemos un caso aparente de determinismo militar. Pero de esa manera ignoramos la existencia de muchos otros factores que contribuyen a la victoria militar. Probablemente, el más crucial fue la clase de moral que poseían los vencedores: la confianza en el piquero de la derecha, el de la izquierda y el de atrás. Esto, a su vez, probablemente obedecía a la vida relativamente igualitaria y comunitaria de los burgueses flamencos y suizos y de los agricultores libres. Podríamos seguir buscando hasta hallar una explicación de múltiples factores, o quizá pudiéramos aducir que el aspecto decisivo era el modo de producción económica de los dos grupos. El escenario está montado para el tipo de discusión entre los factores económicos, militares, ideológicos y de otro tipo que se cierne sobre prácticamente todas las esferas de la investigación histórica y sociológica. Es un ritual sin esperanza y sin final. Porque el poder militar, al igual que todas las fuentes de poder, es en sí promiscuo. Exige un superávit moral y económico —es decir, apoyos ideológicos y económicos—, además de recurrir a las tradiciones y avances más estrictamente militares. *Todos* ellos son factores necesarios para el ejercicio del poder militar, así que ¿cómo podemos clasificarlos por orden de importancia?

Pero tratemos de observar las innovaciones militares bajo un prisma diferente, el de la *organización*. Naturalmente, esas innovaciones tuvieron condiciones previas económicas, ideológicas y de otro tipo. Pero también tuvieron un poder de reorganización intrínsecamente militar, emergente, intersticial: una capacidad mediante la superioridad concreta en el campo de batalla, para reestructurar redes sociales generales distintas de las que brindaban las instituciones dominantes existentes. Califiquemos a éstas de «feudalismo», lo que comprende un modo de producción (extracción de un excedente a un campesinado dependiente, interrelación de las parcelas de los campesinos con las posesiones de los señores, entrega de excedentes en forma

de mercadería a las ciudades, etc.), instituciones políticas (la jerarquía de los tribunales de vasallo a señor, a monarca), instituciones militares (la mesnada feudal) y una ideología común a toda Europa: el cristianismo. El término «feudalismo» es una forma amplia de describir la forma dominante en que estaban organizadas e institucionalizadas en toda la Europa occidental medieval las miriadas de factores de la vida social y, en el núcleo, las cuatro fuentes de poder social. Pero otras esferas de la vida social eran menos centrales para el feudalismo y estaban menos controladas por éste. La vida social siempre es más compleja que sus instituciones dominantes porque, como ya he subrayado, la dinámica de la sociedad procede de la miriada de redes sociales que establecen los seres humanos para perseguir sus objetivos. Entre las redes sociales que no se hallaban en el núcleo del feudalismo figuraban las ciudades y las comunidades de campesinos libres. Su desarrollo era relativamente intersticial al feudalismo. Y, en un aspecto crucial, dos de ellas, Flandes y Suiza, advirtieron que su organización social aportaba una forma especialmente eficaz de «coerción concentrada» (que es, como más adelante definiré, la organización militar) al campo de batalla. Era algo que no sospechaba nadie, ni siquiera ellos mismos. A veces se aduce que la primera victoria fue accidental. En la batalla de Courtrai los caballeros franceses habían cercado a los burgueses flamencos contra el río. No podían aplicar su táctica habitual contra las cargas de caballería: ¡a correr! Como no estaban dispuestos a someterse a una matanza, clavaron las picas en tierra, decidieron resistir y descabalaron a la primera oleada de caballeros. Se trata de un buen ejemplo de sorpresa intersticial, y lo fue para todos los interesados.

Pero éste *no* es un ejemplo de factores «militares» contra factores «económicos». Por el contrario, se trata de un ejemplo de la competencia entre dos formas de vida, una dominante y feudal, la otra, hasta entonces menos importante, de ciudadanos o de campesinos libres, que dio un giro decisivo en el campo de batalla. Una forma de vida generó la mesnada feudal, la otra la falange de piqueros. Ambas formas exigían la miriada de «factores» y las funciones de las cuatro fuentes de poder necesarias para la existencia social. Hasta entonces, una configuración de organización dominante, la feudal, había predominado e incorporado parcialmente a la otra en sus redes. Ahora, no obstante, el desarrollo intersticial de aspectos de la vida flamenca y de la suiza encontró una organización militar rival capaz de descabalar ese predominio. El poder militar *reorganizó* la

vida social existente, mediante la eficacia de una forma concreta de «coerción concentrada» en el campo de batalla.

De hecho, la reorganización continuó. La falange de píqueros se vendió (literalmente) a Estados ricos cuyo poder sobre las redes feudales y las ciudades y los campesinos independientes se vio incrementado (al igual que sobre la religión). Una esfera de la vida social—sin duda parte del feudalismo europeo, pero que no estaba en su núcleo, o sea, que estaba escasamente institucionalizada—desarrolló inesperada e intersticialmente una organización militar muy concentrada y coercitiva que primero amenazó al núcleo, pero después indujo una reestructuración de éste. La aparición de una organización militar autónoma fue efímera en este caso. Tanto sus orígenes como su destino eran promiscuos, y no por accidente, sino por su propia índole. El poder militar permitió una racha de reorganizaciones, una reagrupación tanto de la miríada de redes de la sociedad como de sus configuraciones dominantes de poder.

Ejemplo 2: La aparición de culturas y religiones de civilización

En muchos momentos y lugares, las ideologías se han difundido por un espacio social mucho más extenso que el cubierto por los Estados, los ejércitos o los modos de producción económica. Por ejemplo, las seis civilizaciones prístinas mejor conocidas: Mesopotamia, Egipto, el Valle del Indo, la China del río Amarillo, Mesoamérica y la América andina (con la posible excepción de Egipto) surgieron como una serie de pequeños Estados situados en el interior de una unidad cultural de civilización, con estilos monumentales y artísticos, formas de representación simbólica y paneones religiosos comunes. En la historia ulterior, en muchos casos también se hallan federaciones de Estados en el interior de una unidad cultural más amplia (por ejemplo, la Grecia clásica o la Europa medieval). Las religiones salvacionistas universales se difundieron por regiones del globo mucho más extensas que ninguna otra organización de poder. Desde entonces, también ha habido ideologías seculares como el liberalismo y el socialismo que se han difundido extensivamente por encima de las fronteras de otras redes de poder.

O sea, que las religiones y otras ideologías son fenómenos históricos importantísimos. Cuando los estudiosos señalan esto a nuestra atención argumentan en términos factoriales: según ellos, demues-

tra la autonomía de los factores «ideales» con respecto a los «materiales» (por ejemplo, Coe, 1982, y Keatinge, 1982, en relación con antiguas civilizaciones americanas, y Bendix, 1978, en relación con la difusión del liberalismo a principios del mundo moderno). Una vez más llega la contrarandana materialista: esas ideologías no están «meramente flotando en el aire», sino que son producto de circunstancias sociales reales. Es cierto que la ideología no «flota sobre» la vida social. Salvo que la ideología se derive de la intervención divina en la vida social, debe explicar y reflejar la experiencia de la vida real. Pero—y en esto reside su autonomía—explica y refleja aspectos de la vida social que las instituciones dominantes de poder ya existentes (modos de producción económica, Estados, fuerzas armadas, otras ideologías) no explican ni organizan eficazmente. Una ideología surge como movimiento vigoroso y autónomo cuando puede ensambalar en una explicación y una organización única varios aspectos de la existencia que hasta entonces han sido marginales, intersticiales, respecto de las instituciones dominantes del poder. Se trata siempre de una evolución potencial de las sociedades, porque existen muchos aspectos intersticiales de la experiencia y muchas fuentes de contacto entre los seres humanos distintas de las que forman las redes nucleares de las instituciones dominantes.

Permítaseme citar el ejemplo de la unidad cultural de las civilizaciones prístinas (que se trata con detenimiento en los capítulos 3 y 4). Observamos un panteón de dioses, fiestas, calendarios, estilos de escritura, decoración y edificación de monumentos. Advertimos las funciones «materiales» más generales que desempeñaron las instituciones religiosas: fundamentalmente la función económica de almacenar y redistribuir los productos agrícolas y regular el comercio y la función político/militar de idear las normas de la guerra y la diplomacia. Y examinamos el contenido de la ideología: la preocupación por la genealogía y los orígenes de la sociedad, por las transiciones del ciclo vital, por la influencia sobre la fertilidad de la naturaleza y el control de la reproducción humana, por la justificación y la regulación de la violencia, por el establecimiento de fuentes de autoridad legítima más allá del grupo de parentesco, la aldea o el Estado a los que pertenece cada uno. Así, una cultura centrada en la religión aportaba a la gente que vivía en condiciones parecidas en una región extensa una identidad colectiva normativa y una capacidad para cooperar que no era intensa en su capacidad de movilización, pero que era más extensiva y difusa de lo que aportaban al

Estado, el ejército o el modo de producción. Una cultura centrada en la religión brindaba una forma particular de organizar las relaciones sociales. Fusionaba en una forma coherente de organización varias necesidades sociales, hasta entonces intersticiales respecto a las instituciones dominantes de las pequeñas sociedades familiares/aldeanas/estatales de la región. Después, la organización de poder de templos, sacerdotes, escribas, etc., reaccionó y reorganizó esas instituciones, en particular mediante el establecimiento de formas de regulación económica y política de largo alcance.

¿Fue esto resultado de su contenido ideológico? No, si con esos referimos a sus respuestas ideológicas. Después de todo, las respuestas que dan las ideologías a la preguntas sobre el «significado de la vida» no son tan diversas. Tampoco son especialmente impresionantes, tanto en el sentido de que su veracidad nunca se puede comprobar, como en el sentido de que las contradicciones que deberían resolver (por ejemplo, la cuestión de la teodicea: ¿por qué coexisten un orden y un significado aparentes con el caos y el mal?) persiste después de haber recibido respuesta. ¿Por qué, entonces, algunos movimientos ideológicos conquistan su región, e incluso gran parte del mundo, mientras que la mayor parte no lo logra? Es posible que la explicación de la diferencia se halle menos en las respuestas que aportan las ideologías que en la forma en que organizan esas respuestas. Los movimientos ideológicos aducen que los problemas humanos se pueden resolver con la ayuda de una *autoridad sagrada y transcendental*, una autoridad que penetre horizontal y verticalmente en el ámbito «secular» de las autoridades de los poderes económico, militar y político. El poder ideológico se convierte en una forma distinta de organización social, que persigue una diversidad de objetivos, «seculares» y «materiales» (por ejemplo, la legitimación de determinadas formas de autoridad), además de los considerados convencionalmente religiosos e ideales (por ejemplo, la búsqueda de significado). Si los movimientos ideológicos están claramente delimitados en cuanto *organizaciones*, podemos analizar las situaciones en que su forma parece responder a las necesidades humanas. Deberían existir determinadas condiciones de la capacidad de la autoridad social transcendental, que vayan más allá del ámbito de las autoridades establecidas de poder para resolver problemas humanos. Una de las conclusiones de mi estudio histórico es aducir que, efectivamente, así ocurre.

En consecuencia, las fuentes del poder no están integradas inter-

namente por una serie de «factores» estables que muestren todos la misma coloración. Cuando surge una fuente independiente de poder, es promiscua en relación con los «factores», que acopia de todos los rincones de la vida social y a los que no da sino una configuración distinta de organización. Ahora podemos pasar a las cuatro fuentes y los medios de organización que implican.

Las cuatro fuentes y organizaciones del poder

El *poder ideológico* se deriva de tres argumentos interrelacionados en la tradición sociológica. En primer lugar, no podemos comprender el mundo meramente mediante la percepción directa de los sentidos (ni, en consecuencia, actuar conforme a esa comprensión). Necesitamos que se impongan conceptos y categorías de *significados* a esas percepciones de los sentidos. La organización social del conocimiento y del significado últimos es algo necesario para la vida social, como aducía Weber. Así, quienes monopolizan una reivindicación del significado pueden ejercer el poder colectivo y distributivo. En segundo lugar, hacen falta *normas*, supuestos comunes de cómo deben actuar las personas moralmente en sus relaciones mutuas, para que exista una cooperación social sostenida. Durkheim demostró que hacen falta unos supuestos normativos comunes para que exista una cooperación social estable y eficaz y que a menudo sus portadores son movimientos ideológicos, como las religiones. Un movimiento ideológico que aumente la confianza mutua y la moral colectiva de un grupo puede incrementar las facultades colectivas de éste y verse recompensado por el mayor celo de sus seguidores. Así, el monopolio de las normas constituye una vía hacia el poder. La tercera fuente de poder ideológico es la que constituyen las prácticas estéticas/rituales. Estas no se pueden reducir a una ciencia racional. Como lo ha expresado Bloch (1974), al tratar del poder del mito religioso: «No se puede discutir con una canción.» Hay un poder distintivo que se comunica a través de la canción, la danza, las formas artísticas visuales y los ritos. Como reconoce todo el mundo, salvo los materialistas más fervientes, cuando el significado, las normas y las prácticas estéticas y rituales son monopolio de un grupo distintivo, éste puede poseer un considerable poder intensivo y extensivo. Puede explotar su funcionalidad y añadir un poder distributivo al poder colectivo. En capítulos ulteriores analizaré las cir-

cunstancias en las que un movimiento ideológico puede obtener tal poder, así como su ámbito global. Los movimientos religiosos aportan los ejemplos más obvios de poder ideológico, pero en este volumen se citan los ejemplos más seculares de las culturas de la primera Mesopotamia y de la Grecia clásica. Las ideologías predominantemente seculares son características de nuestra propia época: por ejemplo, el marxismo.

En algunas formulaciones, los términos «ideología» y «poder ideológico» contienen dos elementos adicionales: que el conocimiento impartido es falso y/o que es una mera máscara para la dominación material. Yo no implíco ninguna de esas dos cosas. El conocimiento impartido por un movimiento de poder ideológico forzosamente «supera la experiencia» (como dice Parsons). No se puede someter totalmente a prueba mediante la experiencia y en ello reside su capacidad distintiva para persuadir y dominar. Pero no tiene por qué ser falso; si lo es, tiene menos probabilidades de difundirse. El pueblo no es una masa de idiotas manipulables. Y aunque efectivamente las ideologías contienen legitimaciones de intereses privados y de dominación material, es poco probable que lleguen a influir en las personas si no son más que eso. Las ideologías vigorosas son, como mínimo, muy plausibles en las circunstancias de cada momento y crean una adhesión auténtica.

Esas son las funciones del poder ideológico, pero, ¿qué lineamientos característicos de organización crean?

La *organización ideológica* se presenta en dos tipos principales. En la primera forma, más autónoma, es socioespacialmente *transcendente*. Transcende las instituciones existentes de poder ideológico, económico, militar y político y genera una forma «sagrada» de autoridad (en el sentido de Durkheim), separada y por encima de estructuras de autoridad más seculares. Desarrolla una función autónoma muy poderosa cuando las propiedades emergentes de la vida social crean la posibilidad de una cooperación o una explotación mayor que trascienden el ámbito de organización de las autoridades seculares. Técnicamente, pues, las organizaciones ideológicas pueden depender más de lo habitual de las que yo he denominado técnicas *difusas* de poder y, en consecuencia, son propagadas por la extensión de «infraestructuras universales» como la alfabetización, la acuñación de moneda y los mercados.

Como advoca Durkheim, la religión surge por la utilidad de la integración normativa (y del significado y de la estética y del ritual),

y es «sagrada», está separada de las relaciones laicas de poder. Pero no se limita a integrar y reflejar una «sociedad» ya establecida; hecho, puede crear efectivamente una red del tipo de una sociedad, una comunidad religiosa o cultural, a partir de necesidades y relaciones sociales intersticiales y emergentes. Eso es el modelo que aplico en los capítulos 3 y 4 a las primeras civilizaciones extensivas y en los capítulos 10 y 11 a las religiones salvacionistas universales. El poder ideológico brinda un método socioespacial distintivo de hacer frente a problemas sociales emergentes.

La segunda configuración es la ideología como *moral immanente*, que *intensifica* la cohesión, la confianza y, en consecuencia, el poder de un grupo social ya establecido. La ideología immanente tiene un impacto menos visiblemente autónomo, pues en gran medida refuerza algo que ya existe. Sin embargo, las ideologías de clase o de nación (que son los principales ejemplos), con sus infraestructuras distintivas, por lo general extensivas y difusas, han contribuido mucho al ejercicio del poder, desde los tiempos de los antiguos imperios asirio y persa en adelante.

El *poder económico* se deriva de la satisfacción de las necesidades de subsistencia mediante la organización social de la extracción, la transformación, la distribución y el consumo de los objetos de la naturaleza. A una agrupación formada en torno a esas tareas se la denomina *clase*, y, en consecuencia, en esta obra es un concepto puramente *económico*. Normalmente, las relaciones económicas de producción, distribución, intercambio y consumo combinan un alto grado de poder intensivo y extensivo y han constituido una gran parte del desarrollo social. Así, las clases forman una gran parte de las relaciones generales de estratificación social. Quienes pueden monopolizar el control de la producción, la distribución, el intercambio y el consumo, es decir, la clase dominante, pueden obtener el poder general colectivo y distributivo en las sociedades. También analizaré las circunstancias en las que surge ese poder.

No me referiré aquí a los múltiples debates sobre el papel de las clases en la historia. Prefiero el contexto de los problemas históricos reales, empezando en el capítulo 7 por la lucha de clases en la antigua Grecia (la primera época histórica sobre la que disponemos de datos adecuados). En ese caso, distingo cuatro fases en la evolución de las relaciones de clase y de la lucha de clases: estructuras de clase *latentes*, *extensivas*, *simétricas* y *políticas*. Las utilizo en los capítulos sucesivos. Mis conclusiones se indican en el último capítulo. Veré

mos que, si bien las clases son importantes, no son «el motor de la historia», como creía, por ejemplo, Marx.

Hay una cuestión importante en torno a la cual difieren las dos principales tradiciones teóricas. Los marxistas destacan el control sobre la fuerza de trabajo como fuente del poder económico y por eso se concentran en los «modos de *producción*». Los neoweberianos (y otros, como la escuela sustantivista de Karl Polanyi) destacan la organización del *intercambio* económico. No podemos elevar lo por encima de lo otro sobre bases teóricas apriorísticas. Debemos dejar que los datos históricos decidan la cuestión. El afirmar, como hacen muchos marxistas, que las relaciones de producción deben ser decisivas porque «la producción es lo primero» (es decir, precede a la distribución, el intercambio y el consumo) es olvidar el aspecto de «emergencia». Una vez que emerge una forma de intercambio, es un hecho social, potencialmente vigoroso. Los comerciantes pueden reaccionar a la oportunidad de su extremo de la cadena económica y después actuar sobre la organización de producción de la que surgieron inicialmente. Un imperio mercantil como el fenicio es un ejemplo de un grupo comercial cuyos actos modificaron decisivamente las vidas de los grupos productores cuyas necesidades crearon inicialmente el poder de ese grupo (por ejemplo, el desarrollo del alfabeto; véase el capítulo 7). Las relaciones entre la *producción* y el intercambio son complejas y a menudo atenuadas: mientras que la producción tiene mucho poder intensivo, pues moviliza una cooperación social local intensa para *explorar* la naturaleza, el intercambio puede realizarse de forma muy extensiva. En sus márgenes, el intercambio puede tropezar con influencias y oportunidades muy distantes de las relaciones de producción que generaron inicialmente las actividades de venta. El poder económico suele ser difuso, no controlable desde un centro. Eso significa que la estructura de clases puede no ser unitaria, una sola jerarquía de poder económico. Si se atenúan las relaciones de producción y de intercambio, pueden fragmentar la estructura de clases.

Así, las clases son grupos con un poder social diferencial sobre la organización social de la extracción, la transformación, la distribución y el consumo de los objetos de la naturaleza. Repito que utilizo el término *clase* para denotar una agrupación de poder puramente económico y el término *estratificación social* para denotar cualquier tipo de distribución del poder. El término *clase gobernante* denotará una clase económica que ha logrado monopolizar otras

fuentes de poder a fin de dominar en general a una sociedad centrada en un Estado. Dejo para el análisis histórico las cuestiones relativas a las interrelaciones de las clases con otras agrupaciones de *estratificación*.

La *organización económica* comprende circuitos de producción, distribución, intercambio y consumo. Su principal peculiaridad socioespacial es que, si bien esos circuitos son extensivos, también entran en el trabajo cotidiano, intensivo y práctico —lo que Marx llamaba la *praxis*— de la masa de la población. De este modo, la organización económica presenta una mezcla socioespacial distintivamente estable de poder extensivo e intensivo, y de poder difuso y autoritario. Por eso denominaré *circuitos de praxis* a la organización económica. El objetivo de ese término, mas bien pomposo, es avanzar a partir de dos de las percepciones de Marx. En primer lugar, a un «extremo» de un modo de producción razonablemente desarrollado se halla una masa de obreros que trabajan y se expresan mediante la conquista de la naturaleza. En segundo lugar, al otro «extremo» del modo existen circuitos complejos y extensivos de intercambio en los que millones de personas pueden hallarse encerradas por fuerzas impersonales, aparentemente «naturales». El contraste es particularmente agudo en el caso del capitalismo, pero está presente en todos los tipos de organización del poder económico. Los grupos definidos en relación con los circuitos de praxis son clases. La medida en la que éstas sean «extensivas», «simétricas» y «póliticas» en todo el circuito de la praxis de un modo de producción² determinará la capacidad de organización de las clases y la lucha de clases. Y ello a su vez girará en torno a la estrechez del vínculo entre la producción local intensiva y los circuitos extensivos de intercambio.

El *poder militar* ya se ha definido en parte. Se deriva de la necesidad de una defensa física organizada y de su utilidad para la agresión. Tiene aspectos tanto intensivos como extensivos, pues afecta a cuestiones de vida y muerte, así como a la organización de la defensa y del ataque en grandes espacios geográficos y sociales. Quienes lo monopolizan, como las élites militares, pueden obtener poder colectivo y distributivo. Ese poder se ha olvidado últimamente en

² En adelante, utilizaré el término *modo de producción* como abreviatura de «modo de producción, distribución, intercambio y consumo». Con ello no implícito que la producción tenga primacía sobre otras esferas.

la teoría social, y en mi caso regreso a autores del siglo XIX y principios del XX como Spencer, Gumplowicz y Oppenheimer (aunque en general éstos exageraron su capacidad).

La *organización militar* es esencialmente *concentrada-coercitiva*. Moviliza la violencia, el instrumento más concentrado, si no el más contundente, del poder humano. Es algo evidente en tiempo de guerra. La concentración de la fuerza constituye la clave de casi todos los comentarios clásicos sobre la táctica militar. Pero como veremos en varios capítulos históricos (especialmente del 5 al 9), puede continuar más allá del campo de batalla y de la campaña. Las formas militaristas de control social que se aplican en tiempo de paz también están muy concentradas. Por ejemplo, es frecuente que sea una mano de obra directamente coercionada, esclava o forzada, la que construye las fortificaciones, los monumentos o las grandes carreteras o canales de comunicación. La mano de obra coercionada también aparece en las minas, las plantaciones y otras grandes explotaciones agrícolas y en la casas de los poderosos. Pero es menos adecuada para la agricultura dispersa normal, para la industria, donde se necesita tener criterio y conocimientos técnicos, y para las actividades dispersas del comercio. Los costes de imponer eficazmente la coerción directa en esas esferas han excedido los recursos de todos los regímenes conocidos históricamente. Así, el militarismo ha resultado útil en los casos en que el poder concentrado, intensivo y autoritario ha dado resultados desproporcionados.

En segundo lugar, el poder militar también tiene un ámbito más extensivo, de aspecto negativo, terrorista. Como ha señalado Latimore, a lo largo de la mayor parte de la historia el alcance del ataque militar ha sido mayor que el ámbito de control estatal o de las relaciones económicas y de distribución. Pero se trata de un control mínimo. La logística es abrumadora. En el capítulo 5 calculo que a lo largo de la historia antigua la distancia de marcha máxima sin apoyo que podía recorrer un ejército era de unos 90 kilómetros, o sea una base insuficiente para un control intensivo sobre grandes superficies. Al enfrentarse con una fuerza militar poderosa a 300 kilómetros de distancia, por ejemplo, la población local podría obedecer externamente sus dictados: pagar un tributo anual, reconocer la soberanía de su líder, enviar a sus jóvenes a «educarse» en su corte, etc., pero el comportamiento cotidiano podría ser más libre en otros aspectos.

Así, el poder militar es dual socioespacialmente: un núcleo con-

centrado en el cual se pueden ejercer controles coercitivos positivos, rodeado por una penumbra extensiva en la cual unas poblaciones aterrizadas no irán normalmente más allá de unos mínimos de obediencia, pero cuyo comportamiento no se puede controlar totalmente.

El *poder político* (también definido en parte anteriormente) se deriva de la utilidad de una regulación centralizada, institucionalizada y territorializada de muchos aspectos de las relaciones sociales. No lo defino en términos puramente «funcionales», en términos de regulación judicial respaldada por la coerción. Esas funciones las puede poseer cualquier organización de poder: tanto ideológica como económica y militar, además de los Estados. Yo lo limito a las regulaciones y la coerción centralizadas dentro de unos límites territoriales, es decir, el poder *del Estado*. Al concentrarnos en el Estado, podemos analizar su contribución distintiva a la vida social. Tal como se define en esta obra, el poder político refuerza las fronteras, mientras que las otras fuentes del poder pueden trascenderlas. En segundo lugar, el poder militar, económico o ideológico puede participar en *cualesquiera* relaciones sociales, dondequiera que se hallen. Cualquier A o grupo de Aes puede ejercer esas formas de poder contra cualquier B o grupo de Bes. En cambio, las relaciones políticas se refieren a una esfera concreta, el «centro». El poder político se halla situado en ese centro y se ejerce hacia fuera. El poder político es necesariamente centralizado y territorial y en esos aspectos difiere de las demás fuentes del poder (veanse más comentarios en Mann, 1984; en el próximo capítulo también se da una definición formal del Estado). Quienes controlan el Estado, la élite del Estado, pueden obtener tanto el poder colectivo como el distributivo y atraer a otros en su «diagrama de organización» distintivo.

La *organización política* también es dual socioespacialmente, aunque en un sentido diferente. En este caso hemos de distinguir la organización interna de la «internacional». En su interior, el Estado está *territorialmente centralizado* y territorialmente delimitado. Así, los Estados pueden alcanzar mayor poder autónomo cuando la vida social genera posibilidades emergentes de mayor cooperación y explotación en forma centralizada sobre una zona restringida (explicado en Mann, 1984). Se apoya sobre todo en técnicas de poder autoritario, por estar centralizado, aunque no tanto como la organización militar. Cuando tratemos de los poderes reales de las élites estatales, consideremos útil distinguir entre los poderes «despóticos»

formales y los poderes «infraestructurales» reales. Eso se explica en el capítulo 5, en la sección titulada «Estudio Comparado de los Imperios Antiguos».

Pero los límites territoriales de los Estados —en un mundo que todavía no ha estado dominado nunca por un solo Estado— dan también origen a una esfera de relaciones interestatales reguladas. La *diplomacia geopolítica* es una segunda forma importante de organización del poder político. En este volumen desempeñarán un papel considerable dos tipos geopolíticos: el imperio hegemónico que domina los clientes de las marcas y vecinos y diversas formas de civilización multiestatal. Evidentemente, la organización geopolítica tiene una forma muy diferente de las otras organizaciones del poder mencionadas hasta ahora. De hecho, se trata de algo que la teoría sociológica pasa generalmente por alto. Pero forma parte esencial de la vida social y no es reducible a las configuraciones «internas» de poder de sus Estados componentes. Por ejemplo, las pretensiones hegemónicas y despóticas sucesivas del Emperador Enrique IV de Alemania, Felipe II de España y Bonaparte de Francia no se vieron humilladas sino superficialmente por la fuerza de los Estados y de otros que se opusieron a ellos; en realidad, se vieron humilladas por la arragada civilización diplomática multiestatal de Europa. O sea, que la organización geopolítica del poder es una parte esencial de la estratificación social general.

En resumen, cuando los seres humanos persiguen muchos objetivos, establecen muchas redes de interacción social. Los límites y las capacidades de esas redes no coinciden. Algunas redes tienen más capacidad que otras para organizar la cooperación social intensiva y extensiva, autoritaria y difusa. Las redes mayores son las de poder ideológico, económico, militar y político: las cuatro fuentes de poder social. Cada una de ellas implica, pues, formas distintivas de organización socioespacial mediante las cuales los seres humanos alcanzan una gama muy amplia, pero no exhaustiva, de su miríada de objetivos. La importancia de esas cuatro redes reside en su combinación de poder intensivo y extensivo. Pero ello se refleja en la realidad histórica a través de los diversos medios de organización que imponen su forma general a una gran parte de la vida social general. Las principales formas que he identificado son las *transcendentes o immanentes* (del poder ideológico), los *circuits de praxis* (económico), las *concentradas-coercitivas* (militar) y las *centralizadas-territoriales* y la organización *geopolítica-diplomática* (político). Esas

configuraciones se convierten en lo que yo califico de «promiscuas», pues extraen y estructuran elementos de muchas esferas de la vida social. En el ejemplo 2, ya citado, la organización trascendente de la cultura de las primeras civilizaciones absorbía aspectos de redistribución económica, de normas de la guerra y de regulación política y geopolítica. Así pues, no estamos tratando de las relaciones externas entre diferentes fuentes, dimensiones o niveles de poder social, sino más bien de: 1) las fuentes como tipos ideales que 2) alcanzan una existencia intermitente como organizaciones concretas en la división del trabajo y que 3) pueden ejercer una configuración más general y promiscua de la vida social. En 3) uno o más de esos medios de organización surgirá intersticialmente como la fuerza reorganizadora primordial a corto plazo, como en el ejemplo militar, o a largo plazo, como en el ejemplo ideológico. Es el modelo IEMIP de poder organizado.

Max Weber utilizó una vez una metáfora basada en los ferrocarriles de su época cuando estaba tratando de explicar la importancia de la ideología: hablaba del poder de las religiones salvacionistas. Escribió que esas ideas eran como los «guardaguayas» que determinaban por qué vías avanzaría el desarrollo social. Quizá cupiera modificar la metáfora. Las fuentes de poder social son «vehículos tendedores de vías» —porque no existen vías hasta que se escoge la dirección— que van tendiendo vías de diferente ancho por el terreno social e histórico. Los «momentos» de *tendido de vías y de paso a un nuevo ancho son lo más cerca que podemos llegar a la cuestión de la primacía*. En esos momentos, encontramos una autonomía de concentración, organización y dirección sociales que no existe en momentos más institucionalizados.

Esa es la clave de la importancia de las fuentes del poder. Aportan organización colectiva y unidad a la infinita variedad de la existencia social. Aportan el encuadramiento significativo que existe en una estructura social en gran escala (que puede ser muy grande o no) porque pueden generar la acción colectiva. Son los «medios generalizados» por conducto de los cuales los seres humanos hacen su propia historia.

El modelo IEMIP general, su ámbito y sus omisiones

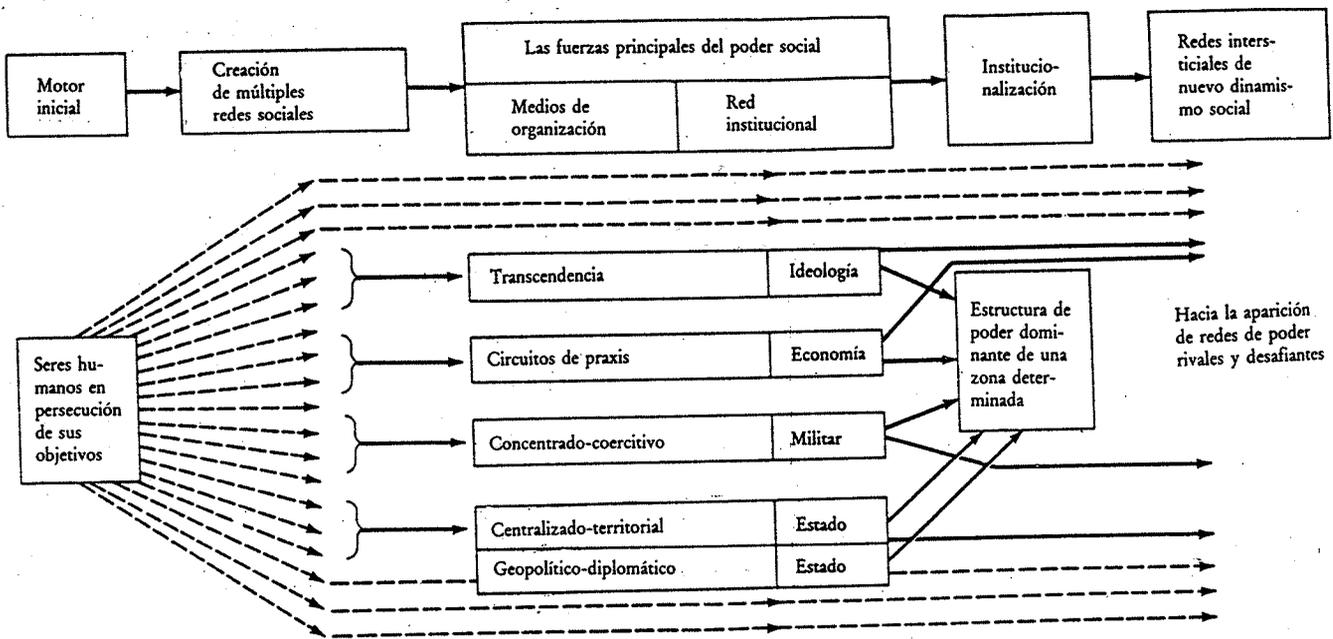
El modelo general se expone de forma gráfica resumida en la figura 1.2. El predominio de líneas discontinuas en el diagrama in-

dica lo complicadas que son las sociedades humanas. Nuestras teorías no pueden abarcar sino algunos de sus lineamientos más generales.

Empezamos con unos seres humanos que persiguen sus objetivos. Con esto no quiero decir que sus objetivos sean «presociales», sino más bien que lo que son los objetivos y cómo se crean éstos, no tiene pertinencia para lo que sigue después. Las personas orientadas hacia el logro de unos objetivos forman una multiplicidad de relaciones sociales demasiado compleja para ninguna teoría general. Sin embargo, las relaciones en torno a los medios de organización más fuertes se fusionan y forman extensas redes institucionales de forma determinada y estable, que combinan tanto el poder intensivo y el extensivo como el poder autoritario y el difuso. A mi entender, existen cuatro de esas fuentes principales de poder social, cada una de las cuales se centra en un medio diferente de organización. Las presiones en pro de la institucionalización tienden a fusionarlas parcialmente, a su vez, en una o más redes de poder dominante. Esas redes aportan el grado más elevado de delimitación que encontramos en la vida social, aunque sea delimitación dista de ser total. Muchas redes siguen siendo intersticiales, tanto respecto de las cuatro fuentes del poder como respecto a las configuraciones dominantes; análogamente, hay aspectos importantes de las cuatro fuentes del poder que también permanecen poco institucionalizados con respecto a las configuraciones dominantes. Esas dos fuentes de interacción intersticial acaban por producir una red emergente más fuerte, centrada en una o más de las cuatro fuentes del poder, e inducen una reorganización de la vida social y una nueva configuración dominante. Y así continúa el proceso histórico.

Todo esto constituye un enfoque de la cuestión de la primacía final, pero no una respuesta. Ni siquiera he hecho ningún comentario sobre el principal punto de desacuerdo entre la teoría marxista y la weberiana: el de si podemos aislar el poder económico como el aspecto totalmente decisivo que determina la forma de las sociedades. Se trata de una cuestión empírica, de forma que primero paso revista a los datos, antes de intentar una respuesta provisional en el capítulo 16 y una respuesta más completa en el volumen III.

Hay tres motivos por los que la prueba empírica ha de ser histórica. En primer lugar, el modelo se ocupa esencialmente de los procesos de cambio social. En segundo lugar, mi rechazo de la concepción unitaria de la sociedad hace que resulte más difícil otro modo



Clave
 ————— Denota secuencias causales demasiado complejas para teorizar sobre ellas
 ————— Denota secuencias causales organizadas por las fuentes del poder y sobre las que se pueden teorizar

FIGURA 1.2. Modelo causal IEMP del poder organizado.

posible de investigación, el de la «sociología comparada». Las sociedades no son unidades independientes que se puedan comparar simplemente de un tiempo y un espacio a otro. Existen en contextos determinados de interacción regional que son únicos incluso en alguna de sus características centrales. Las posibilidades de la sociología comparada son muy limitadas al existir tan pocos casos comparables. En tercer lugar, mi metodología consiste en «cuantificar» el poder, establecer cuáles son exactamente sus infraestructuras y en seguida es evidente que las cantidades de poder se han desarrollado enormemente a lo largo de la historia. Las capacidades de poder de las sociedades prehistóricas (sobre la naturaleza y sobre los seres humanos) eran considerablemente inferiores, por ejemplo, a las de la antigua Mesopotamia, que eran inferiores a las de la Roma republicana, que a su vez eran mucho menores que las de la España del siglo XVI, después que las de la Inglaterra del siglo XIX, y así sucesivamente. Es más importante comprender esa historia que hacer comparaciones de un lado a otro del mundo. Este es un estudio del «tiempo mundial», por utilizar la expresión de Eberhard (1965: 16), en el cual cada proceso de desarrollo del poder afecta al mundo que lo rodea.

La historia más adecuada es la de la sociedad humana más poderosa: la de la civilización occidental moderna (comprendida la Unión Soviética), cuya historia ha sido prácticamente continua desde los orígenes de la civilización del Cercano Oriente en torno al año 3000 a.C. hasta la época actual. Se trata de una historia de desarrollo, aunque no evolucionista ni teológica. No tiene nada de «necesario»; sencillamente ocurrió así (y casi concluyó en varias ocasiones). No es la historia de un espacio social o geográfico concreto. Como suele ocurrir con estas empresas, la mía comienza con las circunstancias generales de las sociedades neolíticas, después se centra en el Cercano Oriente, luego va desplazándose gradualmente hacia el Oeste y el Norte por Anatolia, el Asia Menor y el Levante hacia el Mediterráneo oriental. Después pasa a Europa y termina en el siglo XVIII en el Estado más occidental de Europa, Gran Bretaña. Cada capítulo trata de la «punta de lanza» del poder, donde la capacidad para integrar pueblos y espacios en configuraciones dominantes está más desarrollada infraestructuralmente. Ese método es, en cierto sentido, antihistórico, pero los saltos que representa también contienen una ventaja. Las capacidades de poder se han desarrollado desigualmente, a saltos. Por eso, al estudiar esos saltos y

tratar de explicarlos nos brinda el mejor acceso empírico a la cuestión de la primacía.

¿Qué es lo que he eliminado de esa historia? Naturalmente, una cantidad enorme de detalles y complejidades, pero, aparte de eso, todo modelo coloca algunos fenómenos en el centro del escenario y deja a otros entre bambalinas. Si estos últimos logran pasar al centro del escenario, el modelo no se ocupa efectivamente de ellos. En este volumen existe una ausencia conspicua: las relaciones entre los sexos. En el volumen II trato de justificar ese trato desigual en términos de su desigualdad efectiva en la historia. Aduciré que las relaciones entre los sexos fueron en gran medida constantes, en la forma general del *patriarcado*, a lo largo de gran parte de la historia, hasta los siglos XVIII y XIX en Europa, cuando empezaron a producirse rápidos cambios. Pero esos comentarios han de esperar al volumen II. En el presente volumen, las relaciones de poder de las que se trata son normalmente las de la «esfera pública», entre cabezas de familia del sexo masculino.

Al historiador especializado le ruego generosidad y amplitud de espíritu. Al abarcar un gran sector de la historia registrada, sin duda he cometido errores de hecho, algunos probablemente considerables. Me pregunto si el corregirlos anularía los argumentos globales. También me pregunto más agresivamente si el estudio de la historia, especialmente en la tradición angloestadounidense, no saldría beneficiado si contara con una reflexión más explícita sobre el carácter de las sociedades. También al sociólogo me dirijo en tonos acerbos. Gran parte de la sociología contemporánea es ahistórica, pero incluso gran parte de la sociología histórica se ocupa exclusivamente del desarrollo de las sociedades «modernas» y de la aparición del capitalismo industrial. Eso es algo tan decisivo en la tradición sociológica que, como ha demostrado Nisbet (1967), produjo las dicotomías centrales de la teoría moderna. De la condición social al contrato, de *Gemeinschaft* a *Gesellschaft*, de la solidaridad mecánica a la orgánica, de lo sacro a lo secular: estas dicotomías y otras sitúan la línea divisoria de la historia al final del siglo XVIII. Los teóricos del siglo XVIII como Vico, Montesquieu o Ferguson no consideraban la historia así. Al contrario que los sociólogos modernos, que sólo conocen la historia reciente de su propio Estado nacional, más algo de antropología, sabían que desde hacía por lo menos dos mil años habían existido sociedades complejas, diferenciadas y estratificadas: seculares, contractuales, orgánicas, *Gesellschaft*, pero no industriales.

A lo largo del siglo XIX y de comienzos del XX, ese conocimiento fue decayendo entre los sociólogos. Paradójicamente, la decadencia ha continuado durante la misma época en que los historiadores, los arqueólogos y los antropólogos han estado utilizando técnicas nuevas, muchas de ellas tomadas de la sociología, para hacer descubrimientos asombrosos acerca de la estructura social de esas sociedades complejas. Pero su análisis se ve debilitado por su relativa ignorancia de la teoría sociológica.

Weber es un notable ejemplo de esta limitación. Mi deuda para con él es inmensa, no tanto en el sentido de haber adoptado sus teorías concretas, sino más bien en el de adherirme a su visión general de la relación entre sociedad, historia y acción social.

Mi exigencia de una teoría sociológica basada en las dimensiones de la historia no se debe solamente a la conveniencia intrínseca de comprender la rica diversidad de la experiencia humana, aunque ya eso sería bastante valioso. Además, sostengo que algunas de las características más importantes de nuestro mundo actual se pueden apreciar con más claridad mediante la comparación histórica. No es que la historia se repita. Precisamente lo contrario, la historia universal se desarrolla. Mediante la comparación histórica podemos advertir que los problemas más considerables de nuestra propia época son nuevos. Por eso resulta difícil resolverlos: son intersticiales a las instituciones que se ocupan de hecho de los problemas más tradicionales para los que fueron creadas. Pero, como sugeriré más adelante, todas las sociedades se han enfrentado con crisis repentinas e intersticiales y en algunos casos la humanidad ha salido mejorada. Al final de una larga desviación histórica, espero demostrar la pertinencia de este modelo para la actualidad en el volumen II.

Bibliografía

- Althusser, L., y E. Balibar. 1970: *Reading Capital*. Londres: New Left Books. [Ed. castellana: *Para leer «El Capital»*. 1985].
- Anderson, P. 1974a: *Passages from Antiquity to Feudalism*. Londres: New Left Books. [Ed. castellana: *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*. 1986].
- 1974b: *Lineages of the Absolutist State*. Londres: New Left Books.
- Barber, L. B. 1968: Introducción en «stratification, social». En *International*

- Encyclopedia of the Social Sciences*, ed. D. Sills. Nueva York: MacMillan and Free Press.
- Bendix R. 1978: *Kings or People*. Berkeley: University of California Press.
- y S. M. Lipset. 1986: *Class, Status and Power*. 2.ª ed. rev. (pub. orig. 1953). Nueva York: Free Press.
- Bloch, M. 1974: «Symbols, song, dance and features of articulation». *Archives Européennes de Sociologie*, 15.
- Coe, M. D. 1982: «Religion and the rise of Mesoamerican states». En *The Transition to Statehood in the New World*, comp. por G. D. Jones y R. R. Kautz. Cambridge: Cambridge University Press.
- Eberhard, W. 1965: *Conquerors and Rulers: Social Forces in Modern China*. Leiden: Brill.
- Geertz, C. 1980: *Negara: The theatre State in Nineteenth Century Bali*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
- Gellner, E. 1964: *Thought and Change*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.
- Giddens, A. 1979: *Central Problems in Social Theory*. Londres: MacMillan.
- 1981: *A Contemporary Critique of Historical Materialism*. Londres, MacMillan.
- Heller, C. S. 1970: *Structured Social Inequality*. Londres: Collier-MacMillan.
- Hindess, B., y P. Hirst. 1975: *Pre-Capitalist Modes of Production*. Londres: Routledge. [Ed. castellana: *Los modos de producción precapitalista*. 1979].
- Keatinge, R. 1982: «The nature and role of religious diffusion in the early stages of state formation». En *The Transition to Statehood in the New World*, comp. por G. D. Jones y R. R. Kautz. Cambridge: Cambridge University Press.
- Labriola, E. 1908: *Essays on the Materialist Conception of History*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Latimore, O. 1962: *Studies in Frontier History*. Londres: Oxford University Press.
- Mann, M. 1984: «The Autonomous Power of the State». En *Archives Européennes de Sociologie*, 25.
- Mosca, G. 1939: *The Ruling Class*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Nisbet, R. 1967: *The Sociological Tradition*. Londres: Heinemann.
- Parsons, T. 1960: «The distribution of power in American society». En *Structure and Process in Modern Societies*. Nueva York: Free Press.
- 1966: *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.
- 1968: *The Structure of Social Action*. Nueva York: Free Press.
- Petrovic, G. 1967: *Marx in the Mid-Twentieth Century*. Nueva York: Doubleday (Anchor Press).
- Poulantzas, N. 1972: *Pouvoir politique et classes sociales*. París: Maspero.
- Runciman, W. G. 1968: «Class, status and Power?». En *Social Stratification*, comp. J. A. Jackson. Cambridge: Cambridge University Press.

